

teca Real de Madrid, sino también como eximio latinista. A este respecto, J. Iriarte escribió por encargo de Fernando VI más de seiscientos artículos para un diccionario latino-español y español-latino, además de una célebre gramática de esta misma lengua, dedicada a los infantes don Gabriel y don Antonio, hijos de Carlos III. J. Iriarte destacó también en la faceta de epigrafista, lo que llevó a Carlos III a encomendarle la redacción de las inscripciones en los edificios públicos. Así, una prueba de los extraordinarios conocimientos latinos de J. Iriarte se halla en el epígrafe, que ideó para el exterior de la Academia de San Fernando en la capital de la Monarquía Católica, y cuyo texto, recogido por el Conde de Floridablanca¹, es el siguiente:

"Carolus III,
Naturam et Artem
Sub uno tacto
In publicam utilitatem
Consociavit".

NOTAS

1 Vid. *Historia General de España. La compuesta, enmendada y añadida por el Padre Mariana, con la continuación de Miniana; completada con los sucesos que comprenden el escrito clásico sobre el reinado de Carlos III, por el Conde de Floridablanca, la historia de su levantamiento, guerra y revolución por el Conde de Toreno, y la de nuestros días por Eduardo Chao*, t. IV, Madrid, 1850, pág. 580.

MUÑOZ JIMENEZ, M. J. (ed.): *Antología de textos históricos latinos. De la fundación de Roma a la destrucción de Cartago*. 111 páginas y 3 mapas. Editorial Coloquio. Madrid, 1985. ISBN: 84 -86093- 28 - 7.

Recoge la editora en este libro una serie de fragmentos de Eutropio, Floro, Higino "el Mitógrafo", Cornelio Nepote, Tito Livio y de los argumentos centenarios de *La Eneida*, recogidos en esa interesante obra de la antigüedad tardía, que es la *Anthologia Latina*, acertadamente definida por M. J. Muñoz Jiménez en la página 93, como una extensa recopilación de textos de "poesía menor", especialmente epigramas.

En este florilegio de textos latinos llama la atención el que sólo se haya recogido un fragmento de Livio. El presente extremo es certeramente justificado por la editora en la página 7, al indicar que por su gran talento literario, Livio ofrece ciertas dificultades a quienes se inician en el estudio de la lengua latina. M. J. Muñoz Jiménez divide su selección en cinco apartados: a) de Troya a Roma (época legendaria), b) la Monarquía (753 a. C.-509 a. C.), c) los primeros tiempos de la República (509 a. C.-394 a. C.), d) la expansión por la Península Itálica (390 a. C.-272 a. C.) y e) Roma y Cartago (264 a. C.-146 a. C.). A continuación vienen dos apéndices, dedicados respectivamente a establecer el perfil bio-bibliográfico de los escritores y obras seleccionados y a enseñar unos mapas, que representan la topografía de la Urbe con las siete co-

linas y los llamados "muros servianos", la Península Itálica en la Edad Antigua y el itinerario de Aníbal. Este libro culmina con la exposición de una bibliografía básica.

La presente obra es utilísima para los alumnos de la especialidad de Historia Antigua. Con plena exactitud manifiesta la editora en la página 7, que con su labor deja expedita la vía para la elaboración de otras antologías, que contemplen los períodos sucesivos de la Historia de Roma. No obstante, esos futuros recopiladores deberán abstenerse de poner término a su labor en "la fecha fatídica de 476"¹. Al presente respecto, indica J. B. Bury²: "No cayó ningún Imperio en 476. A pesar de lo mucho que Mr. Freeman ha dicho sobre este asunto en diversos lugares, pasará bastante tiempo antes de que se erradique finalmente el inveterado error de asignar una equivocada importancia al año 476". Como con humor afirma M. Fernández Galiano³, aludiendo a Rómulo Augústulo: "En aquella sociedad tan permeada por elementos religiosos, la llegada, pocos años después, de los huesos de san Severino a la villa de Lúculo, último destino del pobre Rómulo, probablemente pudo resultar más sensacional entre los buenos napolitanos 'avant la lettre', que el hecho formidable que debiera haber sido la caída de Roma".

Los recopiladores de esas futuras antologías deberán situar el fin del mundo antiguo en el espacio de tiempo comprendido entre los años 717 y 762. La primera de estas fechas supone el tercer fracaso de los omeyas ante Constantinopla, y la segunda representa la fundación de Bagdad. Con el término en 717 del tercer asedio de Constantinopla, finaliza en Oriente el sueño acariciado por los omeyas de sustituir al Imperio Romano de Oriente en su calidad de potencia mediterránea, de igual manera que en Occidente ese anhelo imperial de los omeyas fracasará en Poitiers, en el año 732, ante la caballería franca de Carlos Martel.

Los omeyas intentan la restauración en su provecho del antiguo Imperio Romano en su completa integridad territorial, con lo que son los herederos de esa política de Justiniano tendente a la "restitutio romani Imperii", que ya fue advertida por Flavio Cresconio Corippo (*In laudem Justinii Augusti minoris*, I). Dentro de este contexto, los omeyas y el Imperio Romano de Oriente eran dos poderes antitéticos, y cada uno pretenderá excluir al otro, arrojándolo del escenario de la Historia. Así se comprenden los tres infructuosos sitios de Constantinopla por los omeyas, que acaecieron en 668-669, 674-678 y 716-717, y también se entienden la expansión omeya por el norte de Africa, su dominio de la Península Ibérica en el transcurso de la segunda década del siglo VIII, y sus conquistas transpirenaicas de Narbona en 720 y de Carcasona en 725.

Pero el Imperio Romano de Oriente no había abandonado en el siglo VII la idea de la "restitutio romani Imperii". De esta manera Constantino II, cuyo reinado se extiende entre los años 641 y 688, instala el campamento imperial en la localidad siciliana de Siracusa, pretendiendo salvar el Africa bizantina del avance omeya. Esto demuestra que el Imperio Romano de Oriente no se transforma en una "βασίλεια" con Heraclio, pues el interés de Constantino II en seguir dominando el Mediterráneo Central con su aventura siracusana, era la lógica respuesta del Imperio Romano de Oriente a la irrupción islámica, que en el norte de Africa se había apoderado de Egipto entre los años 639 y 642, y de las provincias bizantinas de Tripolitania y de Cirenaica en 647.

No sólo la política internacional de los omeyas pertenece a la Edad Antigua, sino además muchos otros aspectos del califato omeya representan una asimilación de la cultura del Imperio Romano de Oriente. Estos aspectos son varios. En primer lugar, los omeyas copian el ceremonial palatino de Constantinopla, de lo que ya se hizo eco el historiador bizantino Teófanos en su *Chronographia*. De otro lado, la instalación de la capital omeya en Damasco habla del interés de estos califas por dominar el Mediterráneo. Además, el arte omeya es plenamente bajoimperial, como lo demues-

tran los frescos del palacio de Qusayr 'Amra y los mosaicos de la Cúpula de la Roca en Jerusalén y de la Gran Mezquita Omeya de Damasco, suponiendo estas dos últimas edificaciones una tentativa por parte de los califas omeyas de eclipsar las basílicas, que Constantino y Justiniano habían erigido en Siria y en Palestina⁴.

Los fracasos omeyas, habidos en 717 y en 732 ante Constantinopla y Poitiers, ocasionaron en el año 747 dentro del mundo mahometano la revuelta abbasí, que iza la bandera negra del Islam. Esta revolución puede definirse como un movimiento subversivo de los síis y de los musulmanes no pertenecientes a la etnia árabe. Ambos grupos estaban descontentos con los omeyas, quienes habían asentado su poder en la citada etnia árabe, y por otro lado, el inicio del califato omeya había acarreado la génesis de los síis tras el fracaso de la gestión de Alí, el último integrante del califato perfecto en su naturaleza de postrer heredero de Mahoma por línea directa.

Los abbasíes se sublevaron contra Marwan II, quien había nacido en Damasco en 688. Con este personaje finaliza el califato omeya. Marwan II no logró evitar que los simpatizantes de los abbasíes proclamaran califa a Abdalah Abul Abas, pese a la fama de buen militar que Marwan II había adquirido como gobernador de Armenia antes de suceder al califa Jezid III, y a pesar de que el último omeya había conseguido dar muerte a Ibrahim ibn Mohammed, representante de la familia abbasí. En torno a la mitad del siglo VIII los abbasíes derrotaron a Marwan II en las batallas de Ispahán, Kerbela y Arbela. Siempre perseguido por sus enemigos, Marwan II huyó a Palestina y luego a Egipto. Su asesinato en 756 en una iglesia de Bushir, localidad del Alto Egipto, refleja elocuentemente el dramático fin del sueño imperial y de toda la civilización omeya.

El término "ante quem" de la conclusión de la Edad Antigua sucede en 762, con la fundación de Bagdad por los abbasíes. El propio emplazamiento de Bagdad, a orillas del Tigris, señala que los intereses del califato abbasí se han desplazado del Mediterráneo al interior de Asia, y la herencia sasánida empieza a impregnar la política, la administración y la cultura de los nuevos califas. Los monarcas abbasíes siguen la práctica de los reyes sasánidas de hacer obsequios a sus vasallos, y así narra Tabari⁵, que un "mazban", o gobernador provincial de época sasánida, consiguió un gran honor al recibir de su soberano un trono de plata. Dentro de este contexto, las relaciones entre los califas y sus grandes visires son idénticas a las mantenidas entre el Gran Rey de la Persia sasánida y el jefe de la administración central o "vuzurgframadhar"⁶.

Los abbasíes, al encaminar su expansión hacia el Asia Central, ya no pretenderán destruir el Imperio Romano de Oriente, y en Constantinopla se admite la existencia de Bagdad como otro foco de la política internacional. Las dos sedes establecen relaciones diplomáticas, en las que se enmarca en 855 la misión de Focio en Bagdad⁷, que permitió al futuro patriarca de Constantinopla la elaboración de su *Bibliotheca* o *Myriobiblion*. Igualmente, serán muy similares los respectivos términos del califato abbasí y del Imperio Romano de Oriente por obra de los mongoles de Hulegu, el hermano de Mongka, y de los turcos de Mohammed II, con los asedios de Bagdad y de Constantinopla en febrero de 1258 y en mayo de 1453.

Con la instauración del califato abbasí, Mesopotamia recupera el papel central que había desempeñado en la Historia hasta la conquista de Alejandro Magno, y de esta forma, es muy sintomático que una de las victorias de los abbasíes sobre Marwan II ocurra en Arbela, en cuyas proximidades y concretamente en la meseta de Gaugamela sucedió el famoso triunfo de Alejandro Magno. Dice P. Brown⁸, que un exponente del desplazamiento hacia el Océano Indico del interés naval de los califas abbasíes, radica en el hecho de que las hazañas de Simbad "el Marino" ya no se producen en el Mediterráneo, sino que tienen lugar en el prolongado trayecto marítimo, que une las

ciudades de Basora y de Cantón. Sin embargo, se puede completar esta acertada tesis, con la idea de que las narraciones de Simbad recogen determinados elementos, que ya aparecen en cuentos sumerios de navegantes.

A partir de 717 se dan también una serie de cambios en Bizancio, que señalan el inicio de otra era, y de esta manera, se asiste al afianzamiento en el Imperio de Oriente de la institución "thematica". Por su parte, en Occidente las notas distintivas del Imperio Carolingio, que indican la génesis de una nueva etapa distinta de la Edad Antigua, son las siguientes: a) la implantación del orden feudal, b) las innovaciones en la agricultura del Norte de Europa, y c) la definitiva latinización del Obispado de Roma, cuyos titulares ya no serán de estirpe griega, como ocurrió en épocas anteriores, siendo éste uno de los factores que contribuirán a la total ruptura del año 1054 entre Roma y Constantinopla.

Así, entre los años 717 y 762 nace un nuevo mundo con tres regiones históricas, el Imperio Carolingio en Occidente, el califato islámico de los abbasíes en Oriente, y entre ambos el Imperio Bizantino. En el ordo de este nuevo mundo surge la Edad Media, pues como con tanta precisión ha expresado F. G. Maier⁹: "Esta división tripartita disolvió definitivamente la unidad política, social y espiritual que había creado en la zona mediterránea el 'Imperium Romanum Christianum' de Constantino el Grande, y que fue temporalmente reconstruido por Justiniano.

NOTAS

¹ Esta expresión corresponde a L. MUSSET, *Las invasiones, las oleadas germánicas*, traducción española de O. DURAN, en Colección Nueva Clío. La Historia y sus problemas, dirigida por R. BOUTRUCHE y P. LEMERLE, n^o 12, 2^a ed., Barcelona 1973, pág. VII.

² Vid. J. B. BURY, *History of the Later Roman Empire*, Londres 1923, capítulo VIII, mencionado por J. ARCE, "Fin del mundo antiguo e historiografía británica", en VARIOS AUTORES, *La caída del Imperio Romano de Occidente en el año 476. Cuadernos de la "Fundación Pastor" n^o 24*, Madrid 1980, pág. 27.

³ Vid. M. FERNANDEZ GALIANO, "El 476 y nosotros", en *ibidem*, pág. 15.

⁴ Sobre los frescos del palacio de Qusayr'Amra, vid. J. M. BLAZQUEZ, "Las pinturas helenísticas de Qusayr'Amra (Jordania) y sus fuentes", en *Archivo Español de Arqueología*, 54, 1981, págs. 157-202. Acerca de la continuidad de la pintura helenística durante los últimos tiempos de la Antigüedad, vid. R. BIANCHI BANDINELLI, *Continuità ellenistica nella pittura di età medio e tardo-romana. Archeologia e cultura*, Milán-Nápoles 1961. Un testimonio pagano sobre la masiva construcción de edificios cristianos en el Jerusalén tardoantiguo, se puede hallar en ZOSIMO, *Historia Nova*, V, 8. 2.

⁵ Traducción alemana de Th. NÖLDEKE, *Geschichte der Perser und Araber zur Zeit der Sasaniden. Aus der arabischen Chronik des Tabari*, Leiden 1879, pág. 102.

⁶ Vid. al presente respecto A. CHRISTENSEN, *L'Iran sous les Sassanides*, 2^a ed. revisada y aumentada, Osnabrück 1971 (reimpr.), págs. 115-116.

⁷ Sobre la fecha de la misión de Focio en Bagdad vid. C. SERRANO AYBAR, "Focio transmisor de cultura clásica", en *Erytheia*, 6-2, 1985, pág. 235.

⁸ Vid. P. BROWN, *The world of late antiquity from Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres 1974 (reimpr.), pág. 202, en la que se afirma igualmente el renacimiento de la importancia de Mesopotamia en la Historia con los abbasíes.

⁹ Vid. F. G. MAIER, *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII*, en *Historia Universal Siglo XXI*, t. 9, edición española, Madrid 1972, pág. 371.